

ANTONIO LÓPEZ EIRE, COLEGA Y AMIGO

Me han pedido unas líneas para un libro-homenaje dedicado a Antonio López Eire, y en el recuerdo a esta extraordinaria persona, tanto en lo académico como en lo personal, no he podido negarme, sino más bien todo lo contrario, pues me considero casi en la obligación de hacerlo, aunque sea brevemente, ya que él fue una de los compañeros de la Facultad de Filología que en su momento me animó a presentarme a la cátedra de Literatura Alemana que había quedado vacante tras la jubilación de Feliciano Pérez Varas, y además conté con su estimable ayuda a la hora de traducir los *Aforismos* de Lichtenberg al español en colaboración con mi antecesor en dicha cátedra, ya que este autor alemán utilizaba términos, frases y giros griegos, y ante las dudas surgidas, debidas a mi olvido de esta lengua clásica, acudí alguna vez al despacho de Antonio, donde atendía sus explicaciones no sólo semánticas sino también temáticas, y así pude entender el porqué Lichtenberg solía hacer uso de ellos.

El título de esta breve aportación creo que lo dice todo: colega y amigo. Sí, Antonio no sólo era un compañero siempre dispuesto a ayudarnos en cualquier cuestión académica que le presentaras, como acabo de comentar, sino también un amigo. Y digo esto porque, cuando regresé a esta casa hace ya algunos años, me di cuenta de que estaba ante una persona humana y humanista, además de inteligente y sabio. No tuve la suerte de ser alumno suyo, pues me dediqué al estudio de la denominada Filología Moderna, mientras él era uno de los grandes maestros de la Filología Clásica, ni tampoco lo tuve como decano, pues mientras él ocupó este cargo en la recién fundada Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca, yo me

encontraba en Alemania terminando mi formación como germanista y profesor universitario, y cuando regresé a Salamanca él ya había abandonado el cargo. Pero sí conservo todavía en mi memoria la primera vez que lo tuve frente a mí. Fue en el antiguo Seminario de Germanística ubicado en la Hospedería de Anaya de esta universidad, cuando los profesores y ayudantes teníamos nuestras mesas en la pequeña biblioteca del seminario y nos ocupábamos también un poco de la función de bibliotecarios. Un día apareció por allí Antonio y me dijo que estaba interesado en consultar una cita de las *Vorlesungen über schöne und dramatische Literatur und Kunst* de August Wilhelm Schlegel que él necesitaba para uno de sus ensayos o artículos que estaba escribiendo. Yo había oído hablar de él y lo había visto por la facultad, pero no lo conocía personalmente, y me di cuenta aquel día de su valía, pero también de su humanidad.

Le señalé el estante en que se encontraba la obra de este insigne teórico alemán, y empezó a leerla con atención y cuidado, y en un momento dado me pidió consejo sobre la interpretación de unas frases. Me sorprendió el hecho de que un sabio como él quisiera conocer la opinión de un humilde ayudante que acababa de ingresar en la universidad salmantina. Le dije que la interpretación semántica que él daba sobre esas frases me parecía la correcta, y entonces me di cuenta por primera vez que Antonio entendía perfectamente una lengua tan difícil y complicada como lo es el alemán. Años más tarde tuve la ocasión de comprobar sus conocimientos lingüísticos, pues le oí en un par de ocasiones conversar con profesores y colegas de universidades extranjeras tanto en alemán como en inglés y francés. No puedo opinar sobre este último idioma, pues apenas lo hablo, y habrá colegas que puedan opinar al respecto, pero sí puedo decir que los otros dos idiomas los dominaba; y era una persona que no presumía de ello. No como otros, que presumen de hablar idiomas y a duras penas pueden entender algo o pronunciar correctamente una frase.

Pero volvamos a ese mi primer encuentro con tan insigne sabio. Para mí fue una experiencia maravillosa, pues estuve escu-

chando atentamente las explicaciones que sobre las teorías de Schlegel relativas a la poética me estaba dando Antonio, y lo que yo estaba aprendiendo y disfrutando con ellas. En el momento de redactar estas líneas no recuerdo cuánto tiempo transcurrió, pues el hecho de que no hubiera nadie más en el seminario y que yo posiblemente no tuviera que preparar clase alguna, me permitieron a lo largo de media hora —o quizás algo más, pero si esto fue así, el tiempo me pareció detenerse mientras él explicaba y hablaba con esa manera tan tranquila, tan clara y tan excelente que tenía de explicar las cosas— atender todas sus explicaciones e intercambiar alguna que otra opinión acerca de Schlegel. Porque eso sí, Antonio tenía también el don de saber escuchar las opiniones de los demás.

Con el paso de los años fui conociendo mejor a Antonio, con el que coincidí en más de una comisión académica de las que suelen crearse o formarse en la universidad, llegando a tener el honor —y permítaseme esta expresión— de formar parte de la tertulia que en torno a él se había ido creando paulatinamente en *Las Caballerizas*, la cafetería de nuestra facultad, y donde algunos días nos encontrábamos al finalizar la jornada matutina un grupo de colegas para tomar una caña o un vino y charlar de lo divino y de lo humano. De lo divino, porque Antonio no sólo era un gran filólogo y helenista, sino también era conocedor de la mitología y de las religiones de cualquier índole y de cualquier latitud; y de lo humano, porque comentábamos temas cotidianos y actuales, fuesen de la índole que fuesen. Tenía un gran sentido del humor, un humor fino, tal vez irónico a veces, pero muy necesario, sin lugar a dudas, en nuestro quehacer cotidiano, y él era capaz de transmitir a los contertulios su alegría y humor. Y esos momentos agradables e inolvidables nos servían a todos de esparcimiento y solaz después de nuestras clases y tutorías matutinas. Si a lo largo de la mañana algo nos había salido mal o si nos encontrábamos de malhumor por cualquier razón, él siempre nos ofrecía consuelo, ánimo y su sabio consejo.

En el merecido homenaje que le brindó en enero la Universidad de Salamanca, todos los que tomaron la palabra se refirieron a

él como un sabio que ya estará en el Olimpo de los sabios, y también yo estoy convencido de ello. Hemos perdido a un colega y a un amigo, pero siempre nos quedará su recuerdo, además de su ingente y excelente obra filológica y humanista.

Manuel Montesinos Caperos